

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO L



C. S. I. C.
2010
MADRID

Anales del Instituto de Estudios Madrileños publica anualmente un volumen de más de quinientas páginas dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Arquitectura, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Sociedad, Economía y Biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus temas preferentes. *Anales* se publica ininterrumpidamente desde 1966.

Los autores o editores de trabajos o libros relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la secretaría del Instituto, calle Albasanz, 26-28, despacho 2F10, 28037 Madrid; reservándose la dirección de *Anales* la admisión de los mismos. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, requiriéndose, en caso necesario, el concurso de especialistas externos.

DIRECCIÓN DE ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS:

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Alberto Sánchez Álvarez-Insúa (Instituto de Filosofía, CSIC).

PRESIDENTA DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Julia María Labrador Ben.

SECRETARIA DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES: María Teresa Fernández Talaya (Ayuntamiento de Madrid).

SECRETARIA INFORMÁTICA y PÁGINA WEB: Julia Labrador Ben.

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Alfredo Alvar Ezquerro (CSIC), Luis Miguel Aparisi Laporta (Instituto de Estudios Madrileños), Eloy Benito Ruano (Real Academia de la Historia), Paulino Capdepón Verdú (Universidad de Castilla-La Mancha), Ricardo Donoso Cortés y Mesonero Romanos (UPM), José Montero Padilla (UCM), Alfonso Mora Palazón (Ayuntamiento de Madrid), M.^a del Carmen Simón Palmer (CSIC).

CONSEJO ASESOR:

Enrique de Aguinaga (UCM; Cronista de Madrid), Carmen Añón Feliú (UPM), Rosa Basante Pol (UCM), Francisco de Diego Calonge (CSIC), Manuel Espadas Burgos (CSIC), Rufo Gamazo Rico (Cronista de Madrid), María Pilar González Yanci (UNED), Miguel Ángel Ladero Quesada (UCM), Jesús Antonio Martínez Martín (UCM), Áurea Moreno Bartolomé (UCM), Leonardo Romero Tovar (Universidad de Zaragoza), José Simón Díaz (UCM), Virginia Tovar Martín (UCM), Fernando Terán Troyano (UPM), Manuel Valenzuela Rubio (UAM).

I.S.S.N.: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

Printed in Spain

Impreso en España

ORMAG (ormag@graficasormag.com) - Avda. de la Industria, 8. Nave 28 - Tel. 91 661 78 58 - 28108 Alcobendas (Madrid)

Memoria

<i>Memoria del Instituto de Estudios Madrileños año 2010</i>	15
--	----

Artículos

<i>Documentos para una reconstrucción de la historia del Real Colegio de niñas huérfanas Nuestra Señora de Loreto</i> , por MARÍA TERESA LLERA LLORENTE	23
<i>Los primeros chotis españoles</i> , por JAVIER BARREIRO	37
<i>Retrato de Madrid</i> , por MARÍA JOSÉ VÁZQUEZ DE PARGA Y CHUECA	43
<i>Venta del terreno «El Corralón», que el Mayorazgo de los Vargas realizó al conde de Paredes para construir sus cocheras y casas</i> , por EMILIO GUERRA CHAVARINO	57
<i>Materiales para una toponimia de la provincia de Madrid (IX)</i> , por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO	67
<i>Servidores íntimos del rey Felipe IV</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA	111
<i>Los comuneros de Madrid</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA	115
<i>Noticias sobre plateros y joyeros activos en Madrid alrededor de 1900</i> , por ALMUDENA CRUZ YÁBAR y JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS	123
<i>Vestir al pobre: la provisión de ropa entre las clases populares madrileñas del siglo XVIII</i> , por VICTORIA LÓPEZ BARAHONA y JOSÉ A. NIETO SÁNCHEZ	143
<i>Reconstitución arquitectónica del convento de los Agustinos Recoletos, de Madrid</i> , por BORJA VIVANCO OTERO	163

	<u>Págs.</u>
<i>Protocolo y ritual en los bautizos de la monarquía española</i> , por ÁNGELES HIJANO PÉREZ	201
<i>La Puerta del Olivar de Atocha en el Parque del Retiro</i> , por JAVIER ORTEGA VIDAL y RAÚL GÓMEZ ESCRIBANO	223
<i>Los escudos de Madrid a lo largo de su historia</i> , por EMILIO GUERRA CHAVARINO	245
<i>El Patronato Municipal de la Vivienda, antecedentes y normas por las que se regía</i> , por M. ^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA	277
<i>Toponimia cervantina</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA	289
<i>El Teatro de la Princesa (hoy, María Guerrero): 125 años de historia</i> , por ANTONIO CASTRO JIMÉNEZ	331
<i>Robert Michel en la iglesia de las Comendadoras de Santiago</i> , por JESÚS ÁNGEL SÁNCHEZ RIVERA	353
<i>El costumbrismo complaciente y el costumbrismo doliente: Larra y Mesonero Romanos</i> , por EDUARDO L. HUERTAS VÁZQUEZ	375
<i>Una nueva vía para una nueva vida. La Gran Vía en las revistas y las revistas en la Gran Vía (1910-1939)</i> , por INMACULADA ZARAGOZA GARCÍA	407
<i>La indumentaria tradicional en Guadalix de la Sierra (Madrid)</i> , por JOSÉ MANUEL FRAILE GIL	443
<i>Represión y guerra civil en el cementerio y pueblo de Vicálvaro</i> , por MIGUEL C. VIVANCOS	473
<i>El arquitecto Ruiz de Salces y el palacio madrileño del Conde de Cerrajería</i> , por FRANCISCO JOSÉ PORTELA SANDOVAL	501
<i>Madrid y su provincia en la Exposición Universal de Filadelfia del año 1876</i> , por JESÚS MARTÍN RAMOS	527
<i>La arquitectura hospitalaria de la Ilustración: el caso del Hospital General</i> , por INMACULADA REAL LÓPEZ	569
<i>La política forestal en el Madrid de los Austrias. Abastecimiento de energía y regulación del monte, siglos XVI-XVII</i> , por JAVIER HERNANDO ORTEGO	595

Necrológicas

<i>Manuel Montero Vallejo, presente en su obra</i> , por JULIO ESCRIBANO HERNÁNDEZ	635
<i>In memoriam de José Fradejas Lebrero</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA	641

Reseñas de libros

ANA MARÍA FREIRE LÓPEZ, <i>El teatro español entre la Ilustración y el Romanticismo. Madrid durante la Guerra de la Independencia</i> , por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO	647
RICARDO VIRTANEN, <i>Sol de hogueras</i> , por Julia María Labrador Ben ..	648

**LA INDUMENTARIA TRADICIONAL
EN GUADALIX DE LA SIERRA (MADRID)**

***THE TRADITIONAL CLOTHING
IN GUADALIX DE LA SIERRA (MADRID)***

Por JOSÉ MANUEL FRAILE GIL

Antropólogo

Es Guadalix de la Sierra un municipio madrileño situado al norte de la capital que derrama su alargado caserío en las primeras estribaciones del Sistema Central, a mano izquierda de la A-1, conforme ascendemos a Somosierra. Su cabeza y centro administrativo es Colmenar Viejo, y rodean su término, a más del de Colmenar, los de Soto del Real (Chozas de la Sierra hasta 1959), Miraflores de la Sierra, Navalafuente, Venturada, Pedrezuela y San Agustín de Guadalix, todos ellos convertidos hoy en amasijos urbanos que aprietan y ahogan las almendras centrales que fueron el germen de estos pueblos.

A cincuenta kilómetros de la capital, Guadalix tuvo hasta hace unos cuarenta años —como la tuvieron incluso pueblos que hoy son distritos del área urbana madrileña— una vida plenamente rural, una producción agropecuaria y unos usos que, afianzados en la economía de subsistencia, fueron la digna respuesta del ingenio al reto que planteaban diariamente escasez y naturaleza. Sobre este recio cañamazo, pasaron los gualiseños las hebras de su cultura, alimentación, medicina, tradición oral, música¹, juegos y entretenimientos... Fueron retos que a diario hubieron de afrontar y solucionar, siendo la indumentaria uno de los campos donde floreció la creatividad de estos serranos con más gallardos colores.

¹ A este aspecto dediqué primeramente la cinta de cassette titulada *Guadalix de la Sierra* (Ed. SAGA S.A. VPC-161. Madrid, 1984), y más tarde el CD *Guadalix de la Sierra* (Col. *Madrid Tradicional. Antología*, vol. XIV. SAGA S.A. WKPD-10/2057. Madrid, diciembre de 2000). Ambas obras recogen registros sonoros de primera mano clasificados conforme al calendario del ciclo festivo anual.



FIGURA 1.—A comienzos del siglo xx posó para el fotógrafo de una revista ilustrada este colmenareño arrebozado en su capa castellana y tocado con el amplio sombrero de rueda que caracterizó a los campesinos madrileños.

Para el estudio de este campo debe servirse el investigador de tres fuentes principales: la documentación notarial y las fuentes escritas, las prendas-testigo que aún subsisten fuera de uso en las arcas y baúles, y los testimonios orales que —siendo pocos ya en primera persona— suelen ser ahora el eco de las frases escuchadas. Del primer auxilio poco pudimos valernos, pues las hijuelas y dotes que levantaron los escribanos en Guadalix, y permanecieron depositadas en Colmenar Viejo, fueron destruidas a raíz del alzamiento militar y la posterior Guerra Civil (1936-1939)². Como Guadalix no se halla en encrucijadas de caminos, ni tuvo monumentos señalados, escapó a la observadora pluma de escritores y viajeros, de modo que son casi inexistentes las notas de campo que se publicaron en itinerarios o novelas de costumbres correspondientes a este pueblo. Respecto a las prendas-

² Merced a la paciente y generosa búsqueda que Marcos León Fernández ha realizado en los archivos de protocolos, he podido consultar dos que sendos vecinos de Guadalix realizaron en las escribanías de Bustarviejo y Venturada. En Bustarviejo se inventariaron los bienes de María Baeza en 1783, las prendas de vestir catalogadas fueron: «un Guardapiés de Damasco encarnado bueno = 220 rs.; una Casaca de medio tapiz = 50 rs.; una Capa de Sayal = 15 rs.; dos Colettos de Cordovan = 3 rs.; una Chupa de Paño pardo = 6 rs.; una Casaquilla = 4 rs.; otra Casaquilla = 2 rs.; otra = 2 rs.; una Camisa = 8 rs.; una Chupa de paño pardo = 9 rs.; unos calzones viejos = 1 r.; un telar = 40 rs.» (AHPM 41718, f. 66). Por su parte, Ventura Ballesteros testó en 1842 ante el escribano de Venturada, y de su legado entresacamos esta entrada: «Mando a mi Nieta [...] un jugon dela tela qª. quiera escojer del uso...» (AHPM 42508, f. 122). Breve pero interesante información que inscribe plenamente la indumentaria gualiseña en el ámbito serrano de las poblaciones que la rodean.

testigo son bien pocas las que he podido consultar, pues antiguamente fue la ropa un bien que se utilizó hasta convertirse en puras hilachas sin más destino que la lumbre; la capa nueva del padre se convirtió en calzones para diario, de éstos se hicieron otros en proporción para los hijos que iban viniendo, y al crecer ellos y gastarse la prenda, aún sirvieron para hacer *piales* con que envolverse los pies al calzarse las albarcas. Esta reutilización de las prendas hasta llegar a la nada fue ya puesta en letra impresa por Francisco de Quevedo en la *Vida del Buscón* (1626): «[...]ve V. Md. —dijo— esta ropilla; pues primero fue gregüescos, nieta de una capa y bisnieta de un capuz, que fue en su principio, y ahora espera salir para soletas y otras cosas. Los escarpines, primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y antes camisas, hijas de sábanas; y después de todo, los aprovechamos para papel, y en el papel escribimos, y después hacemos dél polvos para resucitar los zapatos[...]»³. Por si ello fuera poco, las prendas guardadas con veneración por ser de uso ceremonial o por haber pertenecido a la hija que murió moza, o al padre que desapareció joven, se quemaron por respeto al echar abajo la casa de los abuelos, aquella en cuya *cámara* (desván) permaneció *cutio* (estable) el baúl durante décadas, reservando a veces en su fondo un bolsillo de aguja o una bolsa de gato con los ahorros familiares, como dice en tono de burla esta seguidilla carnavalera:

En el rincón del arca tengo guardado
un bolsillo muy largo con un ochavo [3].

Así las cosas, hube de servirme para elaborar este trabajo casi exclusivamente de los informes orales que durante años recogí al respecto en interminables conversaciones con quienes me aportaron los materiales que hoy tienes aquí reunidos, lector amable. La lista de sus nombres figura al final de estas líneas, y el número de orden que los precede está al cabo de cada testimonio, de forma que puedas identificar la procedencia de todas las informaciones. A medida que pasaban los años el tiempo se los fue llevando, y cada vez eran menos quienes me hablaban en primera persona: «Yo gastaba este pañuelo...», o: «Yo vía ponerse a mi madre un refajo...», y fueron luego sus hijos, y raramente sus nietos, quienes aún hoy siguen aportándome detalles aislados pero valiosos para entender plenamente una forma de vestir y de adornarse que hoy difícilmente comprenderemos sin reflexionar antes un poco sobre las normas que las rigieron, pues hoy la ropa no es sino un objeto de consumo que mercamos o rechazamos en función de modas y caprichos, desechando a veces prendas costosas sólo por

³ FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS, *Historia de la vida del Buscón, llamado Don Pablos Cimorras, ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños* (1626), libro II, cap. VI, «En que prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres».

el hastío de verlas colgadas en el armario incluso sin estrenar. Antiguamente la indumentaria respondía a un código cuyas claves pueden sólo interpretarse teniendo muy presente la pobreza reinante y el gusto por el adorno; una campesina podía llevar faldas remendadas al extremo de no saber cuál era en ellas el pedazo primigenio, podía ir descalza durante el estío, podía llevar un pañuelo pardo que en principio fue negro... pero nunca dejaría de adornarse con pendientes, de peinarse con mucho esme-



FIGURA 2.—Aun cuando los serranos gualiseños comenzaron a vestir el moderno traje de chaquetilla, conservaron el gusto por los alegres chalecos confeccionados con vistosos terciopelos labrados. (Foto: Jorge Herranz García.)

ro, y de presumir en el baile del domingo las mejores galas que tuviera. Delantales, pañuelos y camisas permanecían perfectamente doblados y colocados horizontalmente en el baúl o en los cajones de la cómoda, plégándose con religiosa pulcritud al terminar el día de fiesta para no ver más el sol hasta el siguiente domingo; y las prendas de lana se oreaban ceremoniosamente, sobre todo en marzo, para evitar la polilla, plaga que nuestras abuelas temieron como a la peste. Restos de aquel ceremonioso revestirse fueron hasta ha poco la costumbre que los hombres mayores guardaron de abrochar cuidadosamente el primer botón de la camisa —aunque nunca entró la corbata en su escaso ropero—, así como la de cerrar los puños y no mostrar nunca los desnudos brazos fuera del ámbito doméstico (Fig. 12). A ese antiguo código perteneció también el hábito femenino de alisarse las faldas con cuidado al tiempo de ir a sentarse, o la de guardar con afán en un bolsillo de tela los botones rescatados de la prenda ya arruinada. No hubo cesta de costura que no guardara entre mil trebejos un taleguito conteniendo esos tesorillos entre los que había, para asombro de los niños, alguna moneda antigua, la desgastada medalla, las hebillas inservibles y los metálicos botones de muletilla que hoy se tienen por gemelos y que fueron el adorno de chalecos, puños y bocapiernas de los calzones.

Aunque la indumentaria tradicional no estuvo nunca sujeta al vaivén de las modas urbanas —pues tenía sus propios modelos de evolución— su acelerado paso dejó a veces cierta impronta en las prendas antañonas y en el ancestral estilo que marcaba el traje aldeano; así, pues, fijaremos el período de estudio para este artículo en el último cuarto del siglo XIX, por coincidir aquel cambio de centuria con el final de un estilo y de un modo de vida; aun cuando las fronteras en este género de estudios están siempre muy difuminadas y los cambios en tan arraigados usos fueron paulatinos y lentos. Salpicaré también estas líneas con noticias anteriores que sirvan para ilustrar y centrar determinadas prendas, aludiendo a otras que, desaparecidas hace siglos, dejaron su impronta en el lenguaje o la toponimia local de Guadalix. Merece la pena citar al respecto el nombre de Verdugal que recibe una gran finca comunal que antaño se segmentaba en parcelas distribuidas entre los vecinos, que sembraron en ellas fundamentalmente patatas. En ella crecían en abundancia por las márgenes del arroyo *Salices* ciertos sauces silvestres con cuyas largas ramas, llamadas verdugos, se construyeron los verdugados, armazón acampanado con que ahuecaron sus faldamentas las encopetadas damas del siglo XV⁴.

⁴ A la entrada de esta finca, denominada en el Catastro de Ensenada (1752) Dehesa del Berdugo (vid. nota 6), debió de alzarse una ermita bajo la advocación de Santa Ana, pues el primer tramo se conoció entre los mayores del pueblo por mí entrevistados como «Santa Ana». Roberto Fernández Suárez indica que hubo tres ermitas en Guadalix, a más de la antiguamente dedicada en el Soto a su patrona, Nuestra Señora del Espinar: «[...] las ermitas

Contribuyeron al cambio de indumentaria, sobre todo, el abaratamiento y popularidad que desde mediados del siglo XIX empezaron a sufrir materias primas como el algodón y manufacturas tan importantes para el vestir aldeano como fueron los pañuelos, los mantones o las fajas. Con el lino autóctono se fabricaba desde tiempo inmemorial, y en el mismo pueblo, toda la ropa blanca interior que gastaron hombres y mujeres y que no eran sino las camisetas que servían a un tiempo como prenda de dormir; también las sábanas y manteles, y las envueltas y pañales para los niños de teta. Sabemos que en 1752 respondieron al escribano, los encargados de hacerlo, que en Guadalix se sembraba: «hortaliza, trigo, zenteno, lino, herrén⁵, uba (*sic*), garbanzos, heno, pasto, leña y bellota»⁶. En la siguiente pregunta informaron de las cantidades y calidades que producía el pueblo al año de este producto: «[...] seis fanegas de trigo, ochenta mañas de lino y dos fanegas de linaza; la segunda calidad: cinco fanegas de trigo, sesenta mañas de lino y fanega y media de linaza; y la de tercera calidad: quatro fanegas de trigo, quarenta mañas de lino y una fanega de linaza [...]». Y merced a la respuesta de la pregunta decimocuarta, sabemos el valor que alcanzaba

históricas de la población (San Sebastián, San Pedro y Santa Ana)». ROBERTO, FERNÁNDEZ SUÁREZ, *Iglesia universal e iglesias locales. Un estudio de la religiosidad local de Colmenar Viejo y su comarca*, Tesis doctoral, Dep. de Antropología Social, Facultad de Filosofía, UNED, Madrid, 1997, p. 425, nota 44. El cultivo de la patata, que hoy algunos consideran en Guadalix como secular, pues dio alimento a muchas familias siendo el principal producto de la fértil vega del río que hoy yace bajo el pantano, no fue ni con mucho tan antiguo, pues sabemos que, importada de América en el siglo XVI, su cultivo y consumo no se popularizaron hasta entrada el siglo XIX, pues estaba muy arraigada en las clases populares la idea de que comiendo raíces podía contraerse la lepra. Merced a Mesonero Romanos sabemos que durante el hambre napoleónica (1812) se intentó la popularización de este producto: «[...] en vano el pan de trigo candeal, que tan justo renombre valió siempre a la fabricación de Madrid, fue sustituido por otro mezclado con centeno, maíz, cebada y almortas; en vano se adoptó, para compensar la falta de aquél, a la nueva y providencial planta de la *patata*, desconocida hasta entonces en nuestro pueblo [...]». RAMÓN DE MESONERO ROMANOS, *Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid (1808-1823)*, Renacimiento, Madrid, 1926, p. 92.

⁵ Herrén, según el Diccionario de la Real Academia, es: «Forraje de avena, cebada, trigo, centeno y otras plantas que se da al ganado». En Guadalix, como en tantos lugares donde se sembró el centeno, especialmente en el término denominado Los Cerros, se segaba dos veces este cereal, una vez cuando está verde para alimentar al ganado, y una segunda cuando ya se siega estando seco y granado.

⁶ Como para las *Relaciones Topográficas de los pueblos de España, hechas de orden de Felipe II* (1578) no se obtuvo respuesta correspondiente a Guadalix, el primer catastro en regla del que disponemos para este pueblo madrileño es el que ordenó recopilar el Marqués de la Ensenada bajo el reinado de Fernando VI en 1752. Las respuestas correspondientes han sido publicadas por CARMEN GARCÍA MÁRQUEZ, *Guadalix de la Sierra 1752: según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*, Ed. Centro de Gestión Catastral y Cooperación Tributaria, Ayuntamiento de Guadalix de la Sierra, Tabapress, Grupo Tabacalera, Madrid, 1992, pregunta 11, pp. 49 y ss.



FIGURA 3.—Alforjas de paseo (120 × 41 cm) que pertenecieron al Sr. Domingo García (1874-1966), último herrero al uso tradicional que forjó en Guadalix de la Sierra. (Foto: Jorge Herranz García.)

por entonces esta producción: «[...] la maña de lino; seis quartos; la fane-ga de linaza; catorze reales [...]». Mañas eran los grandes manojos que se formaban con los tallos de lino dispuestos para ser hilados por las manos femeninas tras de un larguísimo y complicado proceso⁷ que culminaba en la rueca, y más tarde en los seis telares de lienzo donde trabajaban otros tantos tejedores a mediados del siglo XVIII en Guadalix. Una de esas pesadas tareas era la de romper la corteza leñosa del lino, para liberar su fibra textil interior, machacándolo con mazos de madera sobre grandes piedras de uso comunal de las que aún quedaban dos, que yo sepa, cuando se asfaltó el pueblo en 1970. Una era la *pedra redonda*, colosal guijarro de superficie plana situado en la calle Carnicería, frente al actual número 30, en lo que era entonces entrada o final del pueblo; aquella piedra fue asiento y punto de reunión para los vecinos de ese barrio. La otra era la denominada *pedra lisa*, enorme bloque rectangular que estuvo en la esquina de la calle Alejandro Rubio, ya en la entrada de la plaza del pueblo o de la Constitución, exactamente donde está hoy ubicada la cafetería La Alameda; en las tardes soleadas de invierno recibía directamente los rayos del sol poniente y era sitio cálido y privilegiado donde reunirse y sentarse en los meses fríos.

Todavía en 1847 don Pascual Madoz anotaba, en la entrada correspondiente a Guadalix de su Diccionario: «[...] PROD: trigo, centeno, patatas, lino, judías, garbanzos y cebollas; mantienen ganado lanar y vacuno y cría de alguna caza menor. IND.: la agrícola [...]»⁸. Pero en un breve período de tiempo los fértiles linares gualiseños, que se alineaban especialmente a la salida del pueblo en dirección a Chozas, fueron sembrados con *tablares* de patatas, aunque conservaron la denominación de linares hasta que a finales del siglo pasado se convirtieron en fincas urbanas hoy completamente edificadas. Así, pues, el delgado y feble tejido de algodón blanco, compra-

⁷ Al laboreo de esta planta dediqué un estudio centrado en la Somosierra Madrileña próxima a Guadalajara, que erróneamente titulé «Sierra Pobre»: «El cultivo del lino en la Sierra Pobre de Madrid», en *Etnografía española*, edita: Ministerio de Cultura, tomo correspondiente a 1986, pp. 77-86.

⁸ PASCUAL MADDOZ, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, 1847, tomo IX (Guadalavivar-Juzvado). En la misma obra (tomo VI, p. 530) encontramos, en la entrada correspondiente a Colmenar Viejo, importantes datos referentes a tejidos y manufacturas que probablemente mercaron los gualiseños. Dice así el señor Madoz: «[...] INDUSTRIA. La agrícola, una fáb. de tejidos de sayales y frisas de lana para usos de vestir tosco y otras diferentes, con dos tintes usuales y tres batanes en la ribera del Manzanares; mas otro construido nuevamente por asociación de tejedores y comerciantes. [...] COMERCIO. El de tejidos es muy estimado en diferentes puntos del reino; [...] la esportación de las lanas y 8 tiendas en las que se venden comestibles y géneros de lienzo y telas de vestir de lujo [...], y se celebra una feria el domingo último de agosto, que generalmente se halla bien concurrida [...]».

do en el comercio local o más bien a los vendedores ambulantes, vino a sustituir al recio, pesado y fresco lienzo de fabricación casera que la gente comenzó a denominar como tela *de hilo*.

La primera prenda que acariciaba rozándolo el cuerpo de los gualiseños era la camisa, que en el caso de los hombres llegaba hasta el medio muslo. Estas camisas de lienzo ordinario o fino, según las posibilidades de su dueño, y más tarde de retor⁹ o algodón delgado, se vestían por la cabeza, pues, a diferencia de las que ahora usamos, el cuello presentaba una abertura cerrada con dos o tres botones que llegaba sólo hasta la mitad del pecho. En la pechera pespunteaban las mujeres pequeñísimas tablitas que se recogían en una pieza rectangular donde a veces se bordaban toscamente las iniciales de su portador. Tenían un pequeño cuello, un estrecho puño y una pieza cuadrada en la axila que permitía el juego de los brazos aun siendo las mangas rectas. Como ya indiqué anteriormente, la camisa fue también ropa de dormir, reservándose como es lógico las más nuevas y galanas para el día de fiesta, convirtiéndose las muy usadas en pañales para el crío cuando ya estaban casi inservibles. A diferencia de la mujer, el hombre mudó pronto su arreo, y hacia 1920 ya no quedaban en Guadalix serranos de calzón corto¹⁰, pues los sastres locales comenzaron a cortar los pantalones con la hechura antigua, pero con el largo moderno que llegaba hasta el tobillo: «Cuando yo era pequeña había todavía hombres con pantalón de trampa y sombrero de rueda, o de rodete, que de las dos maneras los llamaban, y aquellos hombres no llevaban bragueta, tenían que bajarse el pantalón para todo» [4]. Por la curiosidad del documento y las noticias que aporta, transcribiré aquí el fragmento de la carta donde una de mis entrevistadas plasma sus recuerdos a este respecto:

⁹ La palabra «retor» deriva de la francesa *retors*, que alude a las fibras retorcidas de algodón que forman el tejido.

¹⁰ Los calzones fueron adoptados oficialmente por vez primera durante el reinado de Felipe IV, cuando el Rey y algunos nobles los vistieron con ocasión de unos desposorios celebrados en Madrid el día 25 de septiembre de 1622: «A 25, se casó en Palacio mi Señora Doña Isabel de la Cueva, Dama de la reina nuestra Señora, hija de mi Señora Doña [fol. 29] María de Benavides, Dueña de honor; y el novio, fué su tío el marqués de Xavalquinto, hermano de su madre. Esta fue la primera ocasión en que todos los señores sacaron calzones y ropillas cortas; y con ser los Señores que acompañaron al Marqués más de doscientos, sólo tres o cuatro sacaron calza entera, que fueron el novio y el Duque de Sesa, y el Conde de Castriello [...]» (ÁNGEL GÓNZALEZ PALENCIA, *Noticias de Madrid. 1621-1627*, Ed. Ayuntamiento de Madrid, Publicaciones de la Sección de Cultura e Información, Madrid, 1942, p. 36). La prenda anterior que cubría completamente las piernas de los hombres eran las calzas; con la adopción de los calzones aquéllas redujeron su tamaño, que desde entonces llegó sólo hasta la rodilla, pasando a llamarse medias calzas, y de ahí el nombre de medias o calcetas, es decir, pequeñas calzas, que se da a las prendas de punto que, con pie o sin él, cubren las pantorrillas.

Descripción del traje de novio de mi abuelo Felipe Garía Jiménez (1854-1928):

Calzón de paño negro, cerraba con dos aberturas en los costados con botones de plata labrada, parecían cascabelitos. Al final del calzón había otra abertura, sin cerrar, adornada con los mismos botones.

Chaquetilla corta de paño marrón bordada con trencillas y pasamanería negra, los botones un poco más grandes que los del calzón. Recuerdo bien esto porque me he puesto este traje de pequeña cuando jugaba en la cámara de mis abuelos.

Había también una faja de seda de varios colores, predominando el gresella. No puedo asegurar que fuera del traje, pero sí que estaba junto a él» [14].

Casi me atrevo a confirmar las sospechas de mi informante, pues fajas semejantes a este ceñidor de seda encontramos en Miraflores y Manzanares el Real, pertenecientes ambas a la misma época y a la misma funcionalidad. Precisamente fue la faja el último baluarte en rendirse del indumento tradicional masculino; las tejidas en estambre de algodón negro, que años antes habían sustituido a las de color, ciñeron la cintura de estos serra-



FIGURA 4.—Para el caluroso verano de la sierra confeccionaban las gualiseñas el refajo interior con fuerte lienzo, como vemos en éste que vistió hasta su muerte la Sra. Angelita González García (1874-1951). (Foto: Jorge Herranz García.)



FIGURA 5.—Con merino adamascado cosió su rica falda de arriba la Sra. Claudia Rubio Rodríguez (1880-1954), recogiendo cuidadosamente el amplio vuelo con delicados pliegues en la parte trasera. Gentileza de su nieta Victoria González Fernández. (Foto: Marcos León.)

nos hasta la década de los 70 en el siglo pasado (Fig. 12). Su interior era un cajón de sastre que guardaba el moquero, la yesca y el pedernal, que más tarde trocaron los fumadores por el chisquero, librito de papel y petaca; en su pico bien cosido reservaron algunos las monedas de plata cuando salían del pueblo. La magnífica memoria de una centenaria nos describió de viva voz el recuerdo de este arreo:

Los hombres llevaban calzón corto con botoncitos de metal en las aberturas. Chalecos de paño labrado con escote redondo y con una hilera de botones metálicos a cada lado, que a veces terminaban abajo haciendo un pico. Encima se ponían unas chaquetas de paño tosco muy ajustadas; el puño iba abierto en pico unos cuatro dedos. En la cabeza se ponían un pañuelo atado en la frente, y encima un sombrero de rueda con reborde de terciopelo, con mucha ala y poca copa, como el que llevaba mi tío Julián [Esteban] *el Bachillero*. También llevaban albarcas de piel de burro sujetas con correas [2].

Noticias recogí también sobre calcetas o medias labradas —casi siempre blancas y a veces azules—, sobre zapatones de cuero y sobre bolsos de aguja que aprisionaron en su interior la calderilla de cobre, el tintineo de la plata y muy raramente el fulgor del oro, cerrándose con cordones. Calcetas y medias de hombres y mujeres se ajustaban bajo la rodilla con unas ligas que —al no haberse inventado aún la goma elástica— eran cintas de vivos colores, y a diario simples hiladillos que, tras rodear la pierna, remetían el extre-

mo para dejarlas tirantes. Por cierto que sobre las sufridas medias trabajaron sin descanso nuestras abuelas, pues al desgastarse —en las que tenían pie— las punteras y talones, se remendaban sustituyendo con pericia el cuadrado del calcaño o el remiendo de los dedos; otras veces se cambiaba enteramente la suela por una pieza también sacada de otra media o calcetín, operación que decían «echar soletas». Y cerraré este breve apartado del indumento masculino fijándome en la cabeza y en los pies de la figura. El sombrero llamado aquí *de rueda* (Fig. 1) o *rodete* —*rodanjo* en la Puebla de la Sierra o *de criba* en Algete— dejó memoria en las generaciones posteriores que sustituyeron ese gentil adorno por la humilde boina o la visera:

En la cámara de mi casa había uno de esos sombreros, de esos sombrerones que tú dices. Era de mi abuelo Felipe [Serrano Ballesteros, 1849-1925], y tenía el cerco de terciopelo y borlas a un lao y en la copa, que era pequeña. Yo creo que en algún carnaval le sacamos [17].

Mi madre [María Gil Candelas, 1909-1970], cuando veía un dibujo que había en un diccionario que teníamos en casa, que era un segoviano con el sombrero grande, y así con el ala vuelta, decía siempre: Así iba vestido mi abuelo [Francisco Gil Rodríguez, ¿1850?-1938], como ese del dibujo, con ese sombrero, cuando yo era pequeña [7].

Durante el tiempo seco calzaban hombres y mujeres alpargatas de cáñamo y cintas cuya suela reforzaban, en un rito que suena a ancestral por lo primitivo, refregándola en la sangre de los toros sacrificados en las fiestas patronales que celebra Guadalix a la Virgen del Espinar el día 8 de septiembre:

Mi madre [Brígida Rubio Márquez, 1886-1961] nos contaba que cuando mataban al toro el abuelo Juan [Juan Rubio Rubio, 1861-1920] mojaba siempre las zapatillas en la sangre, porque decía que así duraban más [6].

A mi abuelo Pepe [José García González, 1888-1982] le oí yo decir que mojaban las zapatillas en la sangre del toro, pa que duraran más o porque tenían esa costumbre, no sé [16].

Las primitivas albarcas, que como vimos se hacían con piel de burro y que por ser de materia orgánica menguaban o crecían según el clima¹¹, se sustituyeron pronto por las fabricadas con los neumáticos de automóvil, que ya en 1914 se anunciaban en la prensa:

Gran surtido en albarcas de goma de automóvil y accesorios para los mismos. Paseo del Prado, 48. Eusebio García¹².

¹¹ A este primitivo calzado dediqué un artículo: «Las albarcas de coracha en la Tierra Madrileña», en *Revista de Folklore*, Obra Social y Cultural de Caja España, Valladolid, 2006, n.º 307, XXVI-2, pp. 23-34.

¹² *El Liberal*, Madrid, 26 de julio de 1914, año XXXVI, n.º 12577, p. 6.



FIGURA 6.—A pesar de contar con un siglo largo de vida, el pañuelo de talle no ha perdido la intensidad de su fuerte colorido merced al cuidado con que lo conservaron María y Paz Perdiguero, quienes lo heredaron de su abuela materna. (Foto: Marcos León.)

La prenda de abrigo por excelencia fue para los hombres la capa, ya fuera la muy recia de sayal que gastaron a diario, con cuello alto respunteado y amplia escavina por los hombros: «Cuando yo era pequeña había hombres todavía que llevaban esas capas pardas, que serían de sayal, para ir a trabajar. Pero del que más me acuerdo era de Pascasio [González, † entre 1936-1939], que vivía por vuestro barrio [Carretera de Colmenar]. Aquel hombre la llevaba a diario, en invierno y en verano. Era larga, casi hasta los pies, y llevaba cuello» [14], o la de paño fino usada en las ceremonias de concejo¹³,

¹³ El concejo, órgano legislativo comunal precursor de los actuales ayuntamientos, debió de reunirse en Guadalix a campana tañida en el enorme portalón con banco corrido de piedra que tuvo la iglesia parroquial, a la derecha de su nave central, por donde accedían los varones y salían los cortejos procesionales. Tenían voz y voto en aquel órgano los hombres, que debían presentarse con capa y cabello suelto, pues, según áreas geográficas, los varones presumieron melena hasta bien entrado el siglo XIX. Estas dos condiciones quedan patentes en un sainete de 1773 ambientado en Mazuecos (Guadalajara): «(Plaza de lugar: tocan a toda prisa dentro una campana y pasan corriendo algunos hombres de capa, pelo suelto, etc., y algunas de las señoras.) [...] POLONIA. Judillas: / ¿por qué tú no vas a verlo / que eres hombre? TODAS. Dice bien. / CHINITA. Porque tengo atado el pelo / y porque no tengo capa. / JOAQUINA. ¿Pues eso qué importa, necio, / para ir allá como todos? / CHINITA. ¿Has visto tú en algún tiempo / que a un hombre sin capa y buena / se le dé el voto en concejo? [...]». RAMÓN DE LA CRUZ, «El elefante fingido», en *Sainetes*, Ed. de Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, 1928, Bailly-Bailliére, S.A., tomo II, pp. 323-324. Y no era en vano la apreciación de que los hombres acudieran con el pelo suelto, pues habitualmente lo llevaban recogido en una coleta e

bodas y otros actos sociales. Por culpa de aquella economía que rayaba en la miseria, las capas de abundante género fueron las primeras en sucumbir al ahorro: «Mi padre [Julián González García, 1873-1944] tenía una capa buena, la capa con que se había casado, y aquella capa tenía así, en las delanteras, un terciopelo haciendo cuadros muy bonitos. Con aquella capa hicimos un abrigo, y de aquellas delanteras hicimos unas almohadillas para coser, porque antiguamente las mujeres siempre cosían encima de una almohadilla, y yo la tengo todavía, porque me gusta y porque era de mi padre» [9]. Sastres debió de haber en el lugar dedicados al corte y costura de estas complicadas prendas, pues el Catastro de Ensenada (1752) cita cuatro y un zapatero. Los calzones y chaquetillas ajustados al cuerpo, hechos sin patrones y sin cinta métrica, no eran saco de paja para la pericia de un artesano. Los apodosos conservados en el pueblo nos dan testimonio de esos artífices locales: Regino Arroyo († antes de 1897) *el Sastre*, o Florentino Gil Recuero († 1936) *Chaqueta* y su esposa Gregoria Fernández Jiménez (1861-1939) *La Canenciana*; o los *Calzones* son ecos de una profesión que, aunque no tuvo dedicación exclusiva, era imprescindible en la vida de cualquier pequeña comunidad rural.

Hubo también prendas masculinas relacionadas con los quehaceres diarios: las mantas de pastor que, apagados ya los telares manuales, empezaron a mercarse a «los manteros» ambulantes, y fueron de cuadros o con listas en los extremos, muchas veces con flecos en los lados más cortos; se tuvieron por muy buenas las que escurrían el agua. Las delanteras o zajones de cuero curtido que usaron los ganaderos; y las sufridas alforjas que, en una economía sin plásticos donde todo se envolvía y liaba en pañuelos y talegas, sirvieron para transportar al hombro todo tipo de mercancías; las hubo sufridas, trabajadas en el telar o fabricadas en lona, pero también de paseo, con trencillas y borlas (Fig. 3): «En esas alforjas, cuando mi pobrecito padre [Domingo García, 1874-1966] iba a Madrid, nos traía a nosotras unas naranjas, una o dos para cada hermana, y cuando le veíamos venir ya estábamos andando en las alforjas, porque una naranja entonces era mucho, no se veían como ahora» [4].

Complemento indispensable para el atavío masculino que hemos repasado por encima fue la vara recia de fresno que pasearon hombres maduros y rozagantes jóvenes más por signo de vigor que como apoyo. Cuando la costumbre facultativa de pasear por el campo no se había impuesto, tengo viva en la memoria la imagen de dos ancianos que empuñaban todavía esa vara —tan alta casi como ellos— por las calles del lugar: Florenti-

incluso en un moño regular como lo demuestra la siguiente acotación para otro sainete titulado *Las serranas de Toledo* (1770): «(Salen de la espartería las señoras IGNACIA y MARIANA, de payas de Toledo, y SIMÓN, de payo, con moño y montera, etc.)». *Op. cit.*, p. 143.



FIGURA 7.—La Sra. Mari Santos García Hernán (¿1860?-1938) posa ante el retratista con su sobrina nieta Purificación Gil Rubio (1918-2007) en septiembre de 1935. Lleva la anciana los últimos destellos del indumento tradicional: las faldas largas, el delantal y el pañuelo de la cabeza echado hacia la nuca... frente al aire moderno de la joven con vestido corto y peinado *a lo garçon*.

no Blázquez González (1897-1988) e Hipólito Revilla Romanillos (1901-1992).

Como ya vimos qué hacían los hombres, las mujeres vestían por la cabeza la primera y única prenda interior que gastaron las menestralas, una camisa que: «Las más antiguas eran de lienzo, esas yo ya no las conocí, pero se lo oí decir a mi madre [Dorotea Rodríguez Rubio, 1855-1924], luego ya fueron de estopilla. Luego se ponían unas enaguas, de bastante vuelo,

que se ataban a la cintura con un hiladillo blanco, y luego se ponían el refajo, uno o dos. Los había encarnados, de paño colorao, y también amarillos y pardos. Algunos llevaban unas tiras de terciopelo, de dos o tres dedos de ancho. Encima se ponían la falda bajera, que las había de percal o de lanilla, de merino, pero siempre era peor que la de arriba. A las faldas y a los refajos le echaban una jareta [ruedo] por dentro, de cuatro dedos de la misma tela o de otra y en el borde mismo le ponían un ribete de trencilla o así... Las faldas de arriba solían ser de satén, o de lo mejor que se pudiera (Fig. 5), y llevaban una abertura a la derecha para meter la mano, porque debajo llevaban la faldriquera» [2]. Los refajos —que en verano eran de lienzo fuerte (Fig. 4)— medían su vuelo por anchos, y así decían: «para un refajo echaban cuatro anchos»; indicaban con ello que habían unido cuatro paños para formar la circunferencia de la prenda. Si tenemos en cuenta que cada uno de estos anchos medía una vara castellana, o sea 83,51 cm, calcúlese el porte de estas prendas. Las serranas, que antes habían presumido los vistosos refajos sin ambages, fueron poco a poco ocultándolos bajo las dos faldas de algodón o merino que acabaron desterrándolos por completo. Los hubo, como hemos visto, de varios y llamativos tonos, pero primaron sobre todo los de color rojo, que se tuvieron por más gallardos y lucidos cuando a comienzos del siglo XIX se hicieron más accesibles al abaratare los tintes. Dejando a un lado los lisos y los adornados con tiranas, se pasearon también por Guadalix aquellos refajos que tenían una cenefa estampada que se obtenía quemando sobre unas plantillas el pelo del tejido con leve capa de pólvora: «Mi madre [Alejandra González Revilla, 1881-1965] tenía un refajo colorao, que yo me acuerde. Tenía así, por bajo, una cenefa como de una cuarta, que tenía flores y hojas... pero no era bordada ni nada, era en la misma tela, en color oscuro, yo creo que negro. De aquel refajo me acuerdo yo, ya ves, no sé dónde iría a parar, con tantos hijos...» [11]. Y otro testimonio nos informa además de las cualidades terapéuticas que se atribuían al color rojo en ciertas prendas: «¡Huy, entonces! Entonces todas las mujeres del tiempo de mi madre [Inés Gamo Revilla, 1879-1966] tenían un par de refajos en el baúl, o por lo menos uno, uno colorao había en todas las casas. Se ve que los llevaban para casarse. Mi madre, la pobrecita, le tenía, y me acuerdo yo, siendo chica, que cuando a algún crío le daba el sarampión venían a pedírselo, pa envolverle con él y que le brotara. Eso decían, pero que ponían papeles coloraos y todo en la luz, eso decían» [10]¹⁴.

¹⁴ Otro impresionante testimonio al mismo respecto recogí sobre lo que parece la curación de un pertinaz reuma: «Cuando yo era pequeña, que no tendría diez años [1905] una vez vi al Tío Saluda, que era de Miraflores, en mi casa, y era porque mi padre [Telesforo Nuño García, 1856-1933] estaba malo. Entonces él le dijo a mi madre [Juliana Carretero Sanz, 1860-1940] y a mi abuela [Paula Nuño, ¿1825-1915?] que tenían que coger esas cor-

Sobre la camisa blanca, cerrada al cuello con un botón de hilo, nácar o pasta, vestían un justillo también de lienzo, sin mangas y con hombreras, que abrochado con corchetes o ceñido por un cordón moldeaba el busto y marcaba la cintura de su portadora. Sobre camisa y justillo iba: «El jugón, que era una chaquetita de paño brochado muy ajustada, con la manga ajustada, aunque había algunos que la tenían algo más ancha, con botoncitos en el puño y sin cuello. Encima se ponían un pañuelo doblado en pico sujeto por delante con alfileres. En invierno era de paño o merino, casi siempre negros y con un poquito de fleco por los bordes. En verano de crespón, y los había también alfombrados, que eran de colores, y que costaban entre 100 y 500 pesetas» [2]. Era impresionante la gama de pañuelos, llamados *de talle*, que podían mercar y presumir las serranas gualiseñas; desde los recios y oscuros, llamados «de manta»¹⁵, hasta los de cien colores hechos en merino (Fig. 6), pasando por los franceses de algodón estampado, y acabando por los *afelpaos*. Fue el pañuelo de talle o de cabeza, para los novios, el obsequio obligado al llegar la fiesta patronal, cuando las gentes renovaban su vestuario «mercándose nuevos majos», y una copla que satiriza el hablar de los mayores lo cita en estos términos:

El pañuelo que te *truje*, si no te lo *hubiá trujido*
el día de la función no te lo hubieras *ponido* [6].

Las mujeres tenían predilección por esta prenda, tan atractiva a la vista por sus colores gayos. Las más ancianas que entrevisté recordaban aún que: «Siendo yo chica había algunas que se ataban el pañuelo arriba, lo doblaban en pico y se pasaban así, por bajo del moño, las puntas, y las ataban arriba, encima de la frente. Luego ya no, luego sólo se lo ponían así cuando iban

tezas que salen secas encima de algunas piedras [Liquen Saxicola], y entonces yo les dije: “Anda, pero si eso lo cojo yo para jugar, porque lo hay por donde voy de pastora, en el Cerrosero”. Y dijo él: “¿Ah, sí? Pues mañana lo vas a traer, a ver si vale”. Bueno, pues al día siguiente lo llevé y dijo que sí valía. Y entonces echaban un puñao en un brasero encendido, y eso echa un humo muy denso, y mi padre tenía que estar allí desnudo completamente para que el humo lo aspiren los poros, porque con ese calor se abrían los poros del cuerpo, eso decían las mujeres, y tapao todo con una manta, tapao del todo, y aguantar todo lo que pudiera; bueno, pues luego le tenían que liar en un refajo colorao de aquellos que gastaban las mujeres, que se lo metían por la cabeza y se lo ataban al cuello. Así se tenía que meter en la cama y guardar allí el calor todo lo que pudiera. Él decía que aquello era tormentos, y lo pasaba mal, pero el caso es que se fue curando, curando, y se le pasó aquel reuma» [12]. El Tío Saluda, apócope de saludador, fue todo un personaje en los pueblos que rodean al de Miraflores, donde vivía. He recogido docenas de datos sobre sus curaciones paranormales y también sobre las medicinas naturales que, como ésta, recetó para personas y animales.

¹⁵ El ejemplar que he podido consultar perteneció a la Sra. Angelita González García (1874-1951), quien lo llevó para abrigarse el busto hasta que en sus últimos años lo sustituyó por una toquilla de lana. Era de color negro formando cuadrícula, aunque hoy por el uso se ha vuelto pardo, tiene de lado 148 cm y va rematado por un pequeñísimo fleco deshilado.

a la era a albelar, o para jalbegar. Y luego ya todas lo han llevao hasta al final atao así, debajo de la barba, que ya eran sólo negros» [3]. La que tuvo, siendo moza, un lustroso moño, gustaba de lucirlo echándose el pañuelo hacia la nuca, de ahí que muchas presumieran también un pañuelito pequeño, casi siempre de seda, atado en la garganta. Cuando se encanecieron aquellos cabellos y los pañuelos se tornaron negros, aún pudimos ver a las ancianas coser al sol con las puntas del pañuelo sueltas y caídas sobre el pecho (Fig. 7); y otras veces, teniéndolo atado en la barbilla, echárselo hacia adelante y retirarlo tirando del pico de la espalda para recomponer el peinado.



FIGURA 8.—Los dos tipos de faldriqueras que llevaron las gualiseñas tienen buena representación en las que gastaron las señoras Nicasia Matesanz Pascual (1874-1957) y Eustaquia Pulmariño Blázquez (†1969), a la izquierda y a la derecha de la foto respectivamente. (Foto: Jorge Herranz García.)



FIGURA 9.—Teodora Martín
Gómez (1858-1953)
—conocida como *Zoila*,
pues Zoilo se llamó su
padre— se retrató en Madrid
peinada con los rizos
trenzados y su pañuelo
de talle bien prendido.
Gentileza de su nieta
Ángeles Pascual Vallejo.

El pañuelo de talle se plegaba tres veces bajo la nuca para evitar feos abolsamientos y arrugas, y se cerraba cuidadosamente al pecho con alfileres vistosos de bonita cabeza, dejando bien centrado en la rabadilla el pico de atrás, y ocultando bajo el delantal los dos picos de delante: «Yo me acuerdo mucho de ver a la señora Melchora (Nuño García, 1865-1951), cuando pregonaban para ir a pagar la contribución, que se pagaba en el ayuntamiento; bueno, pues aquella mujer tenía un pañuelo de esos, de esos de muchos colores, y aquel día se lo ponía, yo sólo se lo vi entonces, cuando iba a pagar, y era muy bonito, y además aquella mujer se lo ponía muy bien colocaíto, muy bien prendidito, que no se la movía, pero daba gusto verlo» [2].

Complemento indispensable del arreo femenino era el delantal que, si antaño debió de hacerse con recio picote de telar, sólo hemos alcanzado a

entrever los que se hicieron con tela, especialmente con satén negro, fruncidos y con jaretas en la parte inferior. A medida que esta prenda perdió su carácter de adorno y la simbólica defensa que antes representaba, se fue haciendo más útil para el quehacer, y se pobló con bolsillos de *plastrón*, perdiendo esbeltez y ganando en abundancia. Aunque oculta por la falda de arriba —la que se echaban por la cabeza aquellas mujeres al tiempo de lloviznar—, la *faldiquera* o faldriquera, hecha en pana lisa o rayada (Fig. 8), fue la caja de caudales donde nuestras abuelas guardaron sus tesorillos. Las hubo en Guadalix sobre todo con abertura vertical, pero no fueron raras las que presentaban la abertura horizontal para introducir la mano: «Mi madre [Nicasia Matesanz Pascual, 1874-1957] gastaba esta faldriquera, todas aquellas mujeres la gastaban por bajo de la falda de encima. Se la ataban así a la cintura, y dentro llevaban... pues una navajita, el alfiletero, el dedal, alguna perra de cobre... aquel era su bolso» [1]. También atada a la cintura con hiladillos llevaban camino de la fuente una almohadilla rectangular, bien rellena de lana, para descansar en ella el cántaro en la cadera.

Aquellas últimas serranas, que eliminaron el cumplido refajo de su atavío pero que vistieron «faldas» —por ser dos las que gastaron siempre—, han dejado huella indeleble en la memoria de sus hijos, nietos y vecinos. Los nombres antañones que dieron a aquellas prendas, los ademanes y modos con que las llevaron y con que a veces se sentaban en el suelo con elegancia, delatan un código perdido para siempre: «Mi abuela Alfonso [Madridano Álvarez, 1893-1968] gastó siempre falda redonda, delantal y faldiquera. Como aquellas mujeres llevaban dos faldas, y las enaguas debajo, yo me acuerdo de la señora Marcelina [Candelas González, 1895-1976] que gastaba también faldas, como la señora Basilisa [García Ballesteros, 1874-1958] y la señora Inés [Gamo Revilla, 1879-1966], y todas las de la calle La Flor que eran de esa edad; bueno, pues la señora Marcelina llamaba sobrefalda a la falda de arriba. Eran unas faldas que tenían todo el vuelo recogido atrás, de cadera a cadera, y delante, como llevaban el delantal, eran más lisas» [15]. «Mi abuela Santos [María de los Santos García Hernán, ¿1860?-1938], que siempre íbamos una a dormir con ella, llevaba faldas y delantal, y cuando andaba en la cocina, en la lumbre, se levantaba la falda de arriba y se la remetía por detrás, y le quedaba así levantada media falda, y así no se manchaba el delantal ni la falda de encima» [6].

Poco a poco los gruesos mantones negros de retorcido fleco empezaron a figurar en el equipo de las novias, y con ellos se defendieron del cruel invierno serrano las últimas abuelas que gastaron moño en Guadalix. Yo recuerdo a más de una adelantarse a la iglesia envuelta en aquella prenda, las manos bajo los pliegues y los pliegues sobre la boca, por la que salía el vaho como por encanto. Pero será Galdós quien pinte con magistral pluma la misma estampa en los barrios humildes de la Villa y Corte, donde las

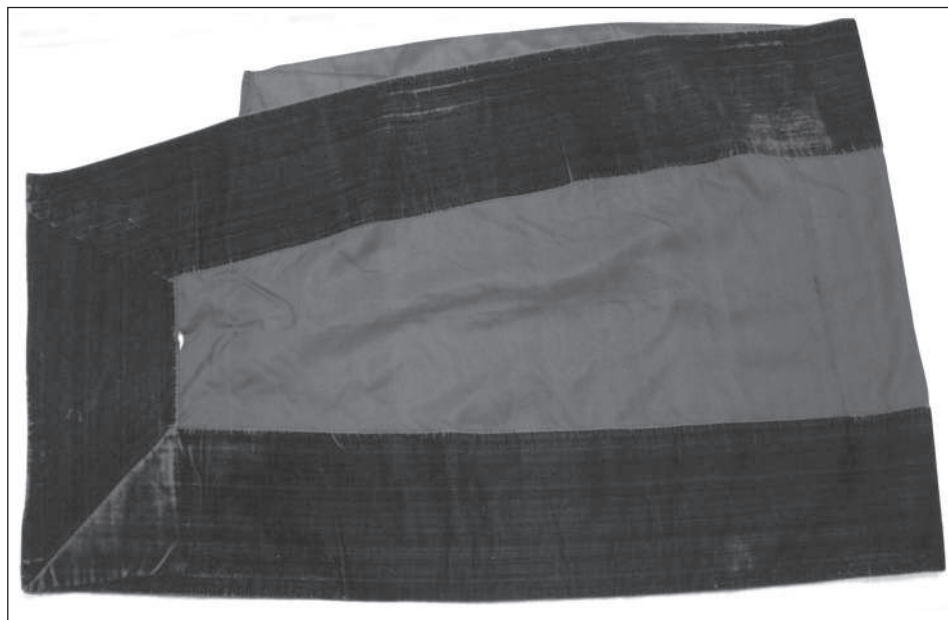


FIGURA 10.—Máxima Aparicio Gil guardó como oro en paño la mantellina (164 × 43 cm) de su madre Ricarda Gil Perdiguero (1891-1984). Vaya para ella mi cariñoso recuerdo. (Foto: Jorge Herranz García.)

mujeres «de mantón y pañuelo» fueron también baluarte del vestir castizo frente a las modas importadas: «Encontraban mujeres con pañuelo a la cabeza y mantón pardo, tapándose la boca con la mano envuelta en un pliegue del mismo mantón. Parecían moras; no se les veía más que un ojo y parte de la nariz»¹⁶.

El cabello fue para las mujeres de antaño el adorno más estimado. Peinar una hermosa y abundante mata de pelo fue el orgullo de nuestras abuelas, y así lo pregonan muchas estrofas del rico cancionero local:

Tienes el pelo muy largo y el aire te lo revoca.
 ¡Quién estuviera esta noche al resuello de tu boca! [8].
 ¿Para qué quieres el pelo que te llega a la cintura,
 si eres hija de hortelano criada entre la verdura? [3].

Raramente entraban las tijeras en aquellas cabezas femeniles, si no era para «entresacar» las muy pobladas o para igualar sus puntas. Para su cuidado se sirvieron siempre de los escarpidores o batidores (peines de púas

¹⁶ BENITO PÉREZ GALDÓS, *Fortunata y Jacinta: dos historias de casadas (1886-1887)*, primera parte, cap. 9, «Una visita al cuarto estado», punto 2.

ralas) con que desenredaban el pelo, pasándose luego la lendrera de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás, metódica operación con que se sacaban la caspa. Como en las faenas domésticas siempre usaron del pañuelo, no era mucha la suciedad que acumulaban en la cabeza, y cuando lavarla era menester: «Preferían el agua llovida que dejaba el pelo más lustroso. Ponían un cubo limpio en las canales del tejao, cuando ya había llovido un rato, y el tejao estaba limpio y entonces recogían el agua» [6].

Durante buena parte del siglo XIX, el peinado de las aldeanas que rodean la capital de Madrid fue el moño de picaporte trenzado en la nuca con dos moñetes en las sienes. De aquel elaborado moño no alcancé a recoger testimonios orales, pues su compleja construcción requería siempre el auxilio de otra peinadora y, aunque las mujeres gustaron siempre de peinarse en grupo en los *abrigaos* y solanos, sustituyeron pronto el picaporte por el rodete que cualquier mujer medianamente hábil podía hacerse sola cada mañana.

Pero los moños laterales convivieron aún con el rodete en la cabeza de las mujeres que no supieron prescindir de ellos: «Mi abuela Paula [Nuño, ¿1825-1915?] se peinaba así, como tú dices, con la raya en medio y otra raya cruzada de oreja a oreja. Con el pelo de los lados se hacían dos moñi-



FIGURA 11.—De entre las piezas más lujosas que aún pude consultar de la austera indumentaria gualiseña, destaca la mantellina bordada que heredó de su suegra Gregoria Cortés Mansilla (1907-1964), María Elisa López Anguas, a quien dedico un cariñoso recuerdo. (Foto: Marcos León.)

tos. Me acuerdo de verla enredarse el pelo en un palito, como haciendo ochos, y luego se ponía una horquilla grande, de esas abiertas, así, atravesada» [12]¹⁷. «Las mujeres mayores —hablo de cuando yo me criaba— se peinaban con raya al medio y moños encima de las orejas. Había unas horquillas de moño con cabeza cuadrada y adornadas con cristalitos» [2].

Poco a poco las porciones laterales de pelo dejaron de hacerse moños y se llevaron, primeramente trenzadas (Fig. 9) y luego retorcidas, hasta la horquilla grande que transversalmente se colocaba en la nuca, y que algunas denominaban «pasador». Una vez enredados allí los dos «rizos», se dividía la mata restante en dos porciones iguales, haciendo con cada una una trenza de tres cabos atadas en sus extremos con breves hiladillos. Comenzaba luego la tarea de ir formando una espiral con las dos trenzas, tomando como centro el «pasador» de la nuca. A cada trecho claveteaban el rodeo con una horquilla abierta que, cuando era otra la peinadora, le iba suministrando la peinada, al par que la sujetaba o abría con la boca, en un ademán característico.

Y ya bien peinada la cabeza, era corriente entre las gualiseñas la costumbre de repasar el tirante cabello con dos plumas remeras de gallina, previamente unidas por un hilo por los cañones y levemente humedecidas. Cuando una mujer de buen pelo moría en la juventud, solían cortar-le el cabello para tejer con sus trenzas un cuadro-recordatorio: «En mi casa había un cuadro con muchas trenzas de pelo. Estaban cogidas en el centro, arriba, y luego bajaban cruzándose, en un dibujo muy bonito. Era el pelo de mi tía Guadalupe [Gil García, † antes de 1897]. Yo no la conocí, pero decían que tenía tanto pelo que tenía que hacerle las horquillas el herrero, y que siempre le dolía la cabeza de tanto pelo como tenía. Mi madre [Brígida Rubio Márquez, 1886-1961] decía que cuando murió desperdiciaron mucho pelo para hacer el cuadro y que le dejaron hecho un moño» [6].

Poco sabemos de las joyas personales con que se adornaron nuestras abuelas, pues al haber desaparecido los documentos notariales, donde seguramente figuraban joyas, dijes y amuletos con profusión, nos quedan sólo

¹⁷ La costumbre de domar el cabello con un vástago de madera esta bien documentada en el siglo XVIII, el de las pelucas empolvadas y los abates presumidos. En un sainete de don Ramón de la Cruz titulado *El Abate Diente-agudo*, el protagonista ordena a su doméstica, entre otras tareas: «Haz de mi parte / una visita al tornero, / y dile que robustezca / un poco más el modelo / del bucle en jefe, y que estudie / para el tupé alguno nuevo». *Sáinetes de Don Ramón de la Cruz en su mayoría inéditos*, ed. de Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, 1928, Bailly/Bailliere, tomo II, pp. 461 y ss. El uso sobrevivió mucho, pues aún de los años cuarenta del siglo XX pude recoger este testimonio: «Cuando mi Mari [María Paz Rodríguez Pascual, 1943] era pequeña, en Madrid, yo la peinaba con tirabuzones, que era lo que se estilaba entonces, los tirabuzones. Bueno, pues tenía un palito y allí le rodeaba el pelo y quedaban muy huecos y muy bien» [3].

para su estudio las escasas referencias orales que han sobrevivido en la memoria colectiva al embate del tiempo. Una cuarteta de uso navideño o entonada a ritmo de jota, dice así:

Tienes en la cara pecas y en los carrillos colores,
en el cuello gargantillas y en el corazón amores [8].

«Las mujeres, de mozas, llevaban gargantillas de cuentas coloradas, blancas o negras» [2]. Respecto a los pendientes, nunca faltaron en las orejas de estas serranas, y he llegado a recoger testimonios sobre las lágrimas de coral colgantes de un pequeño camafeo oval con cerco de oro, tan corrientes en toda el área serrana; destellan aún en la memoria de quienes los conocieron ciertos pendientes: «Los de la vecina Aurora [Esteban Rodríguez, 1877-1952] eran grandes, más grandes de lo normal entonces, eran como un aro de oro con tres —yo creo que eran tres...— piedras amarillas. Llamaban la atención» [6]. Debieron de ser muy usados los aderezos compuestos por gargantillas con joyas para el cuello, pendientes, y no tanto anillos, que nunca fueron muy utilizados por campesinas y labradoras. Una cuarteta al respecto nos los pinta así:

En tu cuarto entra la luna y con ella te diviertes
y en ella te estas mirando, anillo, cruz, y pendientes [18].

Aunque fueron muchos los quincalleros que pasearon su mercancía por las calles gualiseñas, el recuerdo de uno de ellos, acaso el último, vive aún en la memoria de quienes siendo niños le oyeron pregonar sus menudencias: «Era un señor manco, bueno, le faltaba la mano y un trozo del brazo, que debía venir de Colmenar con otro que debía ser su hijo. Llevaban entre los dos una cesta alargada, de más de un metro, con un asa a cada lado, y cada uno llevaba un asa, él la llevaba con el poquito de brazo que le quedaba, y en esa cesta llevaba de todo lo que había en las mercerías: cintas, tiras bordadas, puntillas, papeles de alfileres, hilos... y también llevaba peines, lendreras, horquillas... de todo. Todo muy colocadito en aquella cesta. Iban por las calles, y él voceaba: ¡Lendreras y batidores!» [6]. También debió de haber en otro tiempo gitanos dedicados al comercio de estas bujerías; y así dice un estribillo de la nochebuena local:

Por la calle abajo iba una gitana
vendiendo rosarios/collares, cruces, y medallas [8].

Como prenda de mayor respeto para ceremonias religiosas gastaban las serranas una mantilla, *mantillina*, con forma rectangular, de paño o seda negra (Fig. 10) que a veces se bordaba con hilo del mismo color (Fig. 11) y ancha franja de terciopelo alrededor. A veces, como signo de coquetería, una pequeña borlita marcaba el centro de un lado mayor para hacerlo coin-



FIGURA 12.—En 1928 se retrataron el Sr. Domingo García (1874-1966) y su esposa la Sra. Angelita González García (1874-1951), en cuya indumentaria festiva despuntan aún reflejos del antiguo arreo tradicional: el chaleco, la faja y la cumplida y abotonada camisa de él; y las varias faldas de ella que contrastan con la ropa de moda que visten su hijo, su nuera y su nieto.

cidir exactamente con la raya de la cabeza, cuya rectitud tirada a cordel era un signo de belleza en el canon tradicional:

En la raya de tu pelo llevas la luna parada
y no la deja pasar la hermosura de tu cara [6].

Una pequeña pieza de percal discretamente decorado servía de forro al envés de esa delantera, a fin de poder lavarlo con facilidad y coserlo de nuevo a tan preciada y costosa prenda.

Los recién nacidos tuvieron, como en toda el área serrana, recios pañales de lienzo, camisitas de hilo delgado, *jugoncitos* de tela merina y mantillas de bayeta: «En mi casa, me acuerdo yo de ver en el baúl, porque yo era la pequeña y hubiera tenido hermanos que me sacaban más de veinte años, esas mantillas de color; había una amarilla y otra colorada, ribeteadas, y decía mi pobrecita madre [Basilisa García Ballesteros, 1874-1958] que el fajero, para fajarlos, era como de hebras de colores, y se le daba la vuelta y luego se le remetía, y ya no se movía. Yo también crié a mis hijos mayo-

res con mantillas, pero ya eran de piqué o de muletón, ya no eran de aquellas. Decía mi madre que también llevaban un gorro, un gorrito, pero no de hilo, no, no, que era también fuerte, no sé... sería también de lana, y con adornos» [3]¹⁸. La siguiente generación continuó envolviendo a sus hijos en mantillas, pero cambiaron ya los géneros de estas prendas: «Primero le poníamos el ombligero, hasta que daban el ombligo, que era un cuadrado de tela de estopilla con hiladillos para atárselo. Luego iba el pañal, doblado, y luego la camisita, que se cerraba atrás con un botón en el cuello, y todo era de estopilla blanca. Luego ya se le ponía el jugón, que era de una tela más fuerte, y también se le abrochaba atrás con otro botón; la camisa y el jugón no llevaban más que un botón, porque se le dejaba ancho por abajo para que montasen. Y luego ya iba la mantilla, que era de muletón, de muletón fuerte y también blanco, y se les fajaba bien con el fajero, que era de dos o tres dedos y de una tela adamascada. Y yo, cuando los envolvía, no veas lo tiesos que los dejaba» [15].

A medida que avanzaba el siglo xx, aquellas gentes serranas que tanto gustaron de los colores fuertes, de los grandes sombreros y de las amplias capas, fueron cambiando su estampa. Las entalladas chaquetillas dieron paso a las blusas de algodón para el verano y a las pellizas para el invierno. El gran sombrero de rueda, que según Pío Baroja daba a los castellanos el aspecto del planeta Saturno por el cerco aterciopelado de su abundante ala¹⁹, cedió ante

¹⁸ El acervo de hábitos protectores en torno al recién nacido y la primera infancia era en Guadalix enorme e interesantísimo. Sirvan como botón de muestra la costumbre de clavar en las agrietadas puertas de madera los primeros dientes de leche; la de guardar en una bolsita de tela cuidadosamente cerrada, el *botón* (ombligo) seco de los varones, pues se pensaba que conservándolo, el niño ya mozo tendría mejor suerte en el temido sorteo de quintas; o para que niños y niñas fueran buenos cantores cuando crecieran debía hacerles el primer corte de uñas alguien que entonase bien; dicha operación debía realizarse un martes y detrás de una puerta, costumbre que denota el aprecio que antaño se tenía por los buenos cantadores, por eso dicen las coplas: En el campo trabajando / cualquiera canta un cantar / pero en el baile, bailando, / cantar bien o no cantar. // En el campo trabajando, / cualquiera canta una jota / pero en el baile, bailando, / ninguno como el que toca [3].

¹⁹ A él se refiere en estos términos: «El sombrero ancho con una copa en forma de cono truncado y un aro alrededor, que se veía mucho en tierra castellana, ha desaparecido casi por completo. En unas partes lo llamaban de zaranda, en otras de cedazo, porque se parecía bastante a este utensilio para cribar el grano, en otras de Pedro Bernardo, y en Salamanca, la gorrilla... Mucha de la indumentaria popular lleva camino del museo etnográfico: los zaragüelles valencianos, las monteras gallegas, los zoronos aragoneses, las barretinas catalanas, la larga capa de los campesinos, los calzones estrechos adornados con botones de plata, las chorreras almidonadas y las camisas bordadas de colores son cosas que pertenecen al pasado ya y pueden servir solamente para la atracción turística. Cuando el hombre acepta la idea de que su indumentaria choca en el ambiente se repliega a sí mismo y la abandona; el espíritu gregario es muy fuerte en cuestiones de vestimenta, pero la idea del ridículo es tan grande y en ocasiones mayor». PÍO BAROJA NESSI, *Desde la última vuelta del camino (Memorias)*, Obras completas, tomo VII, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1949, t. VII.



FIGURA 13.—Una pareja de serranos hacia 1885. Posaron para ella en el año 2000 María Elisa del Río López y quien firma estas líneas. Reconstrucción hecha con las pocas prendas testigo que quedan diseminadas por las cuatro esquinas del lugar. Sobre la camisa blanca interior de manga larga, ha escalonado esta serrana un refajo blanco y delgado bajero a modo de rústica enagua; encima echa el de paño colorado que adorna una franja estampada en negro, para cubrir por último todo con la falda redonda oscura y de mucho vuelo. El busto se cubre con un jubón de apretados puños, casi oculto por el pañuelo de

rabiosos colores de fina lana merina, cuyas puntas tapa con holgura el delantal, a la par que vela con coquetería el ojal de la faldriquera. Las medias blancas de hilo cubren sus piernas, y calza zapatos de pana lisa con puntera respingona. La endrina mata de pelo se reparte en tres bandos; trenzados los de atrás en dos sogas encaracoladas, lleva los rizos de las sienas, ya retorcidos, ya en trencitas, al pasador del rodete. Pendientes y gargantilla salpimentan este cuadro de sobria pero gallarda apostura. Y sobre el brazo, doblada como prenda de respeto, la mantellina orlada de terciopelo para asistir al oficio.

El mozo presume los majos que mercó seguramente por la función de aquel año.

La camisa de lienzo es un primor en la pechera, donde las plegadas jaretas alternan con breves y delicados ramitos de hilo blanco. Sobre ella el chaleco de pintarrajeadas delanteras y por último la chaquetilla corta de paño oscuro. El calzón, hasta media pierna, se ajusta en la rodilla con pequeños botones hechos ya de filigrana, ya con realitos de plata, según las posibilidades del dueño. La media blanca, que tejieron pacientes las cinco agujas de la calcetera, desaparece en los amarillos borceguises de becerro. En la faja negra se ocultan los tesoros del serrano: la navaja, el pedernal y la yesca, la petaca con el tabaco, el moquero de yerbas y la bolsa para los cuartos que, hecha en hebras de colores, se cierra con cordones y borlas. Esta estampa se cobija bajo el sombrero de rueda que, con vueltas de terciopelo, libra del sol y del agua a quien lo lleva en la sierra. (Foto: Marcos León.)

las gorras y viseras traídas de Madrid. Las mujeres, influenciadas por las hijas que servían en la corte, dejaron las amplias faldas y vistieron la escurrida bata abotonada hasta media pierna; los pañuelos de talle fueron sustituidos por toquillas de lana en invierno, y en verano por las de pita o pelo de cabra, siendo entonces llamadas madroñeras o pelerinas; muchas cercenaron su poblado moño, y otras lo simplificaron retorciendo la guedeja y formando con ella un pequeño caracol caído sobre la nuca (Fig. 12). Cambió también el aspecto del pueblo: las casas, asentadas antes al fondo de los corrales, adelantaron su fachada hasta el borde de la calle; las grandes puertas, amplias para dejar paso a los carros, se convirtieron en pequeñas cancelas para el acceso de personas... y poco a poco el aspecto de Guadalix como una aldea serrana quedó sólo en la memoria de quienes, por haber vivido a caballo entre las dos centurias, añorarían siempre la vida del ochocientos.

ÍNDICE DE INFORMANTES

- [1] ESTEBAN MATESANZ, Cesárea (1904-1997). Tuve el placer de entrevistarla el día 5 de junio de 1995, cuando contaba ya 91 años y seguía poseyendo una excelente memoria. Con su sincera religiosidad, me transmitió un buen número de oraciones, casi todas aprendidas de su madre (Nicasia Matesanz Pascual, 1874-1957), que no figuran hoy entre las canónicas.
- [2] ESTEBAN RODRÍGUEZ, Lucrecia (1890-1990). Fue una de las escasísimas centenarias del pasado siglo xx. Su prodigiosa memoria me aportó detalles valiosos y certeros para la confección no sólo de este artículo, sino para otros muchos que pudieran escribirse sobre la cultura tradicional de su pueblo. La entrevisté, junto a Gustavo Coter y Marcos León Fernández, el día 28 de noviembre de 1987. Su hija Rosa y su nieto Alberto han colaborado siempre conmigo en la recuperación de este patrimonio que, aunque sea intangible, es tan del pueblo como el ayuntamiento o la hoy maltrecha fábrica de su iglesia.
- [3] GAMO GARCÍA, Benita (1921-2008). Hija de dos excelentes conocedores de la cultura local gualiseña, Fructuoso Gamo Serrano (1867-1939) y Basilisa García Ballesteros (1874-1958), Benita y sus hermanas Emilia (1901-1992) y María cantaron y recitaron para mí con extraordinario gusto un sinfín de romances, canciones, oraciones y retahílas que llenan hoy mis cintas y papeles. Gracias a las tres por su valiosa herencia.
- [4] GARCÍA GONZÁLEZ, Feliciano (1899-1994). Fue hija de Angelita González García [Paradela de Lor (Lugo), 1874-1951], una gallega llegada a Guadalix siendo mocita —pues su padre trabajó en la carretera que unía el pueblo con la entonces carretera de Francia— que adoptó pronto los usos locales, vistiendo hasta su muerte como una serrana más. Feliciano guardó con celo las prendas que usó su madre. Con gracia y buena memoria me presentaba «el pañuelo de manta que se ponía en invierno» o «el refajo más ligerito que se ponía en verano».
- [5] GIL RUBIO, Purificación (1918-2007). Mi tía Pura fue una mujer alegre que jaspaba de continuo su conversación con un sinfín de refranes, dichos y can-

tares que han quedado en la memoria de la familia. Desde pequeña grabó en su retina una multitud de imágenes y detalles que luego supo transmitirme con precisión fotográfica.

- [6] GIL RUBIO, Valeriana (1927). De mi madre heredé el cariño por las cosas sencillas, el amor por la cultura aprendida en casa. Ella desenredó para mí muchas veces la madeja de los parentescos, y me contó las mismas historias y creencias que a ella le contaron siendo niña al calor de la lumbre. Recorrí de su mano los parajes campestres cercanos al pueblo que hoy cubren chalets, bungalós y adosados, buscando setas, cardillos y collejas mientras desgranaba para mí los nombres autóctonos de tierras y plantas.
- [7] GONZÁLEZ GIL, Carlos (1950). Nacido en Colmenar Viejo, es hijo de gualiseños. Su interés por la etnografía y el mundo de las tradiciones le han llevado a realizar interesantes trabajos en el área de Colmenar Viejo y también en Santa María de la Alameda, donde reside desde 1970.
- [8] GONZÁLEZ HERNÁN, José (1935). Excelente cantador y buen tocador de almirez, José puso siempre a mi servicio su buena memoria y disposición.
- [9] GONZÁLEZ MARTÍN, Petra (1909-2003). Fue una de las informantes a quien hube de recurrir con frecuencia, para hallar en su buena memoria respuesta a mis dudas e interrogantes. Reconoció siempre en las fotografías que guardaba el nombre y apellido de los retratados y me aportó preciosos detalles sobre la vida en Guadalix y también en Alameda del Valle, pueblecito serrano donde nació su madre.
- [10] MÁRQUEZ GAMO, Felicitas (1913-2003). Feli fue una extraordinaria mujer que se adelantó a su tiempo. Luchadora incondicional por las libertades democráticas, supo también levantar acta de los usos antañones que vivió siendo niña, y que luego me trasladó en jugosas conversaciones que mantuve con ella durante años.
- [11] MARTÍN GONZÁLEZ, Alejandra (1918-2010). La entrevisté varias veces para recoger de ella multitud de anécdotas y *chilindrinas* referentes a su padre Marcos Martín Cortés (1877-1960) y minuciosos detalles sobre la vida cotidiana en su infancia.
- [12] NUÑO CARRETERO, María (1896-1992). Heredó el apodo de su madre, Juliana Carretero Sanz (1860-1940), nacida en Garganta de los Montes (Madrid), que peinaba moño en la nuca y un cabello tan rizado que formaba «piquitos». Mi tía María fue mujer extraordinariamente observadora, y trasladada a Madrid en 1912 supo aprisionar en sus claros ojos, para guardarlos en su fértil memoria, un sinfín de detalles casi microscópicos sobre todo cuanto vivió. A ella debo muchas y útiles informaciones sobre el escultor Mariano Rubio Jiménez, quien fue su concañado, así como particularidades de la vida aristocrática en el Madrid de Alfonso XIII, o del Guadalix que vivió siendo niña.
- [13] PASCUAL VALLEJO, Ángeles (1918). Hija de Regina Vallejo Martín (1884-1972), quien *recogió* a los niños gualiseños de varias generaciones, Angelines aprendió de ella y de su padre Manuel Pascual Pascualsanz (1878-1952), el último calero del lugar, un sinfín de conocimientos que su simpatía y generosidad me brindaron siempre.

- [14] PERDIGUERO GARCÍA, Paz (1924). Como sus hermanas María y Felisa, Paz tiene una fértil memoria en la que guarda celosamente cuantas vivencias tuvo desde muy niña. Merced a la ayuda de otras personas, pero sobre todo de ellas tres, pude reconstruir la distribución de los altares y ornamentos que tuvieron las antiguas iglesia y ermita, pues su madre Catalina García Soto (1889-1982) fue una especie de santera que a diario se llegaba hasta la primitiva ermita para encender la lámpara de aceite que ardía ante la Virgen del Espinar.
- [15] REVILLA GIL, María (1933). Es el último eslabón de una familia donde hubo buenos cantadores, como su tío Pablo Revilla Esteban *Marchena* (1915) y excelentes guitarreros, como su tío Pedro (1909-1991) y su padre Benito Revilla Esteban (1905-1992). Guarda en su memoria infinidad de cantares sueltos que entona al son de la *nochebuena* o de la jota con perfecto acomodo a la guitarra.
- [16] RUBIO GARCÍA, Pedro (1952). Muy aficionado al canto y a las tradiciones de su pueblo, colaboró en la edición del CD dedicado a Guadalix, facilitándome además interesantes particularidades como la que aporta a este texto.
- [17] SERRANO SERRANO, Lucas (1917-2010). Fue el último guitarrero en activo de los muchos que rasguearon y puntearon los instrumentos de cuerda en Guadalix de la Sierra. Aprendió a tocar el laúd con su padre Eugenio Serrano González (1881-1968). Tuve ocasión de entrevistarle en multitud de ocasiones y, junto con su esposa Alejandra González González (1921-2007), coseché de su memoria muy precisos detalles sobre antiguos usos y herramientas con que agricultores y ganaderos buscaban su vida.
- [18] VALLE HERNANDO, Victorio del. Aunque nacido en Colmenar Viejo en 1903, se trasladó siendo aún muy niño a Guadalix. Lo entrevisté en dos ocasiones: 13 de julio de 1995 y durante el verano de 1997.

RESUMEN: Se describen todos los elementos indumentarios utilizados en el pueblo madrileño de Guadalix de la Sierra: ropa, calzado, etc., tanto de fiesta como de faena.

PALABRAS CLAVE: Guadalix de la Sierra. Prendas tradicionales. Calzado. Ropa de trabajo. Ropa de fiesta.

ABSTRACT: All the clothing items used by the people of Guadalix de la Sierra (Madrid) are described such as clothes, shoes and so on for both working days and festivals.

KEY WORDS: Guadalix de la Sierra. Traditional clothes. Shoes. Clothes for working days and festivals.

Recibido: 15 de junio de 2010.

Aceptado: 15 de septiembre de 2010